

Una dama de negro

El avión que había de llevarme a Grecia se había retrasado y los pasajeros que lo esperábamos pensamos que tal vez tendríamos que pernoctar en Roma. Sentados a un extremo del aeropuerto de Fiumicino unos conversaban, otros leían, y no pocos se paseaban. Por mi parte yo me había instalado en una banca y me distraía en imaginar el momento en que subiría a la Acrópolis, o la tarde en que iría al cabo Sunion a contemplar la vastedad azul y serena del Mar Egeo. Mas de pronto se oyó por los altoparlantes una voz que nos convocaba. El aeroplano de Olympic Airways partiría, finalmente, hacia Atenas.

Formamos cola para recibir la tarjeta de embarque, y avanzábamos con lentitud cuando un empleado de la línea aérea se puso a escrutar su lista de viajeros, y me llamó por mi nombre. Asombrado y con cierta aprensión, me aproximé. El hombre me dijo: “Usted viajará en primera clase”. Perplejo respondí: “Pero yo tengo pasaje en clase económica y, además, ¿no puedo pagar la diferencia?”. Él sonrió y me explicó: “Nos sobra un pasajero con boleto turístico, y en cambio tenemos asientos vacantes en primera. Hemos pensado ponerlo a usted en ella, ya que viene de tan lejos. Ah, y no le costará nada...”.

Comprendí lo que sucedía y acepté, pensando no en la vanidosa satisfacción de sentarme en ese compartimiento de lujo, sino en los deliciosos bocadillos y el buen vino que allí servían, y en la

comodidad de sus butacas. El mismo caballero me guió y al poco rato ingresaba yo a la nave, donde ya estaban quienes tenían boleto para esa sección. Los que advirtieron mi presencia me observaron con curiosidad, inducidos seguramente por mi tipo racial, para ellos muy poco visto, y por la modestia de mi ropa y equipaje de mano. No me habían dado contraseña para un sitio determinado, así que fui a sentarme al lado de una dama vestida de negro, que ocupaba un lugar junto a una ventanilla. La saludé y vi un rostro que me pareció conocido, aunque no pude recordar de quién se trataba. En todo caso era una mujer de más de cuarenta años, y muy elegante, muy distinguida.

Volábamos sobre el sur de Italia cuando una azafata trajo las tarjetas de desembarco. La señora sacó un lapicero y se dedicó a anotar los datos que solicitaban, y pude ver entonces, sorprendido, que su nombre era nada menos que el de Simone Signoret. Por poco lanzo una exclamación. Sí, se trataba de la famosa actriz francesa, a quien había visto en varias películas, y por esos sus rasgos me habían resultado familiares. Le observé con admiración, y cuando acabó le dije en su idioma: “Señora, es un gran honor estar junto a usted”. Sonrió y entablamos conversación.

Me preguntó por mi país y sobre mi ocupación. Y volvió a sonreír cuando supo el motivo circunstancial por el cual me encontraba allí. Se interesó luego en el estado social del Perú, y en las consecuencias de la marginación y la miseria. Era fácil ver que estaba enterada de los problemas del Tercer Mundo, y en particular de los que afectaban a las naciones de América Latina. Fue una plática animada, en la que era ella quien interrogaba, y no al revés, como habría sido más lógico. Apenas si pude informarme de que iba a filmar una obra en Creta, bajo la dirección de Cacoyannis.

El diálogo llegó a su fin cuando alguien exclamó: “¡La Acrópolis!”. Y, en efecto, el aparato se aprestaba a aterrizar y a la izquierda se veía la forma oscura de la colina, y sobre ella, con su color entre blanco, rosa y dorado, a la luz del atardecer, las columnas y frontones del Partenón. Ambos nos dedicamos a mirar

el paisaje que se ofrecía a nuestra vista. Y cuando el avión se detuvo, pero no junto al espigón correspondiente, Simone Signoret fue a arreglarse al lavabo, y luego de un par de minutos retornó imponente y hermosa. Se despidió, en fin, cuando se abrió la puerta, con un amable “Au revoir” y un doble beso en la mejilla, y fue la primera en descender. Ya la esperaba en la escalerilla una joven de la aerolínea, con un inmenso ramo de rosas. Y allá abajo aguardaban, impacientes, los camarógrafos de la televisión ateniense y los periodistas.

Cuán diferente había resultado el viaje de lo que esperaba. No me había sumergido en la lectura de mi *Guide Bleu* de Grecia, ni de algunos pasajes de la *Odisea*, como tenía pensado, ni tampoco había entablado una conversación anodina con otro turista, sino que todo ese tiempo lo había consagrado a platicar sobre la injusticia y la pobreza reinantes en mi patria. Y mi interlocutor había sido nada menos que esa majestuosa mujer de negro, que por sus méritos y su trabajo pertenecía al mundo más refinado y cosmopolita. ¡Coincidencias que nos depara la vida!

FRENTE AL RIN DESDE UN CASTILLO MEDIEVAL

NEVADO LASONTAY, 1970